

El otro William

Un 23 de octubre, en el año 1864, nació William McCarthy Jr. en el seno de una familia irlandesa, dividida entre la devoción asceta de la madre, sumisa beata de la iglesia católico-romana, y el pragmatismo taciturno del padre. Aislados en una solitaria pradera chispeada de acusadores Saguáros, nómadas Salicores y algún descuidado Enebro en el condado de Pima, estado de Arizona.

Esta agarrotada atmósfera no fue cuna educativa para William, quien recogió la vida que su madre le entregó en el parto. Relevo tomado del último hálito de Catherine, que el frágil William no expulsó en forma de grito por miedo a perecer. William fue considerado muerto. Cubierto por un trapo y olvidado sobre la solitaria y rústica mesa de la bucólica cabaña, mientras el rudo veterinario, amigo de la familia, intentaba reanimar a la madre, rompiéndole varias costillas en sus primeros intentos y el maltrecho esternón en el último golpe de impotencia mientras el padre, William McCarthy, miraba con silente firmeza e introvertida tristeza su desvanecido futuro. Una inadvertida afasia se apoderó de William padre, que permanecía lacio frente a la imagen cubierta de William Jr. y respaldado por su amigo Harry, que apoyaba la mano en su hombro. Mano que apretó en cuanto descubrió el error

cometido, saltando sobre la mesa y descubriendo al enteco pero vivo William Jr.

La educación de William Jr. fue cubierta por libros que su padre conseguía y el cariño de Harry que, reo de su equívoco en la primera tenue luz de William Jr., deseaba compensar la muda impavidez de su padre. La escuela no era una opción, la fragilidad del niño no debía ofrecerse a la crueldad jocosa de niños asilvestrados en las áridas extensiones y trabajos forzados del campo. Su universo eran: una efigie que le observaba y, Harry, que le abrigaba, en el pálido ocre del desierto.

Durante el decimocuarto año de vida de William Jr., su padre obtuvo trabajo en el rancho de los Gadsden, dentro de la cuadrilla destinada al mercado de la miríada de reses recién adquiridas por la poderosa familia. Harry aprovechó su ausencia para acercar a William Jr. a ese despeñadero, donde la luz aparecía todas las mañanas y que, de camino, descubriese nuevas orografías hasta encontrar otras civilizaciones. Llegados a la incipiente Peoria, unos lugareños saludaban a Harry con cordialidad y, otros, sin pudor alguno, le observaban fijamente, con una expresión mucho más fruncida que el visaje habitual de William padre. La canija y frágil figura de William Jr. pasó desapercibida hasta que Harry, en volandas, la bajó del carro, dejándola en el porche del colmado, convirtiendo en estatuas de sal a parte de los lugareños. Entraron en la tienda, la puerta no se cerró y, en vez de eso, se escuchó, Vaya Harry, te ha

dejado tu mujer y hoy te encargas tú del menudo. A Harry se le oscureció la mirada, pero siguió ensacando los víveres adquiridos, ignorándolo. William Jr. se ocultó detrás su corpulencia. Observó al hombre que se acercaba a Harry. Caminaba golpeando exageradamente con los talones los tablones del suelo, con una sonrisa irreverente, balanceando ambos brazos al compás de sus pasos. Llevaba un cinturón ancho, ladeado por el peso de una herramienta enfundada en su lado derecho. Cuando el hombre estuvo a menos de un paso de Harry, entraron dos hombres más escoltando la puerta.

William Jr. sintió la mano de Harry sobre su cabeza, relajándole el temblor que endurecía su estómago. El hombre inició un suave baile con la cabeza, buscando al escurridizo menudo que se ocultaba detrás de Harry, ¿Qué pasa, pequeño, te ha dejado con Harry tu mamá? El tendero se excusó y se adentró en la trastienda cuando Harry acabó de cerrar los dos sacos de vituallas e interrumpió la ridícula danza, anteponiendo todo su cuerpo entre el extraño y William Jr. Los dos centinelas tensaron sus cuerpos frente a la amenaza que Harry les infundía. Venga Harry, no te vayas ahora, déjame charlar con el chaval, insistía el hombre. Harry inició la marcha, repeliéndole como si se trataran de dos polos idénticos. Alcanzaron la puerta, los centinelas se apartaron y Harry la abrió, pasando por el umbral. Uno de los centinelas empujó a Harry hacia fuera, mientras el hombre agarró a William Jr., adentrándole en la tienda y cerrando la puerta tras él. Harry tiró los sacos

dentro del carro y corrió hacia la puerta, golpeando el marco con ambas manos mientras observaba, a través de los cristales, a William Jr. La puerta no se abrió. Cuando Harry tomó impulso para volver a golpearla, el hombre, flexionado, agarró a William Jr., sacó la herramienta de la funda, paralizando a Harry. William Jr., al ver el gesto de impotencia de Harry, desesperó. Las lágrimas empezaron a subir desde el estómago, comprimiéndolo, escurriéndolo, empujando toda la angustia hacia arriba. William Jr. apretó los ojos y, con un llanto quejumbroso, golpeó al hombre, que tambaleó entre tropiezos hasta caer de espaldas. Se oyó un disparo. Harry entró y agarró a William Jr. mientras los centinelas, confusos, atendían al hombre, tendido en el suelo, inmóvil.

La noticia se extendió rápidamente, el muchacho que vivía con William McCarthy y Harry Graig había arrebatado el arma a Peter Ferguson, disparándole en la barbilla, alcanzando con el disparo el cráneo, interrumpiendo su vida al instante. La información fue descrita, con todo detalle, por los dos acompañantes de Ferguson. El sheriff de Peoria se acercó a la cabaña de William McCarthy para contrastar coartadas con Harry. Este le contó la verdadera historia que, después de observar a William Jr., no pudo más que confirmar. Pero la mano se quema al recoger la sartén sin poder impedirlo, nunca se logra apartar la mano a tiempo.

Empezaron a aparecer indeseables en Peoria. Gente sin escrúpulos, buscadores de fortuna de gatillo fácil. Las peleas se

sucedieron en la única taberna del pueblo. Las preguntas sobre el niño que asesinó a Ferguson no encontraron respuesta hasta que la situación fue insostenible. El primer desafiador que se acercó a la cabaña fue abatido por William padre a distancia, después de un par de disparos de advertencia, engrosando así el contador popular de William Jr.

La vehemencia popular ensordecida atribuyó un sinnúmero de tropelías a William Jr., forzándoles a mudanzas e a otras localizaciones, negándose a vivir la impostora vida atribuida. Cuando Harry fue asesinado cerca del estado de Nebraska, William Jr. padecía su decimosexto año de vida. William padre se sumió en un marasmo profundo, otorgándole a William Jr. la responsabilidad de seguir la huida, arrastrándole con él. El invierno y la tristeza alabearon la envejecida efigie que no alcanzó a celebrar el decimoséptimo cumpleaños de William Jr. Dejándole aislado, entre falacias y amenazas.

Al cuerpo de Harry lo despidió en silencio y a distancia. A su padre le dedicó la ceremonia que se merecían los dos. Enterrando con él los recuerdos y la negación, y así prepararse para iniciar una nueva vida. Haciendo realidad cada uno de los embustes. Potenciándolos. Apareciendo, por clamor popular, en la pista central del circo humano, rodeado de espectadores bárbaros, alimañas retorcidas sedientas de morbo desde la cómoda placidez de las gradas. Esperando ver lo que, desde su más confundido interior, desearían hacer ellos mismos.